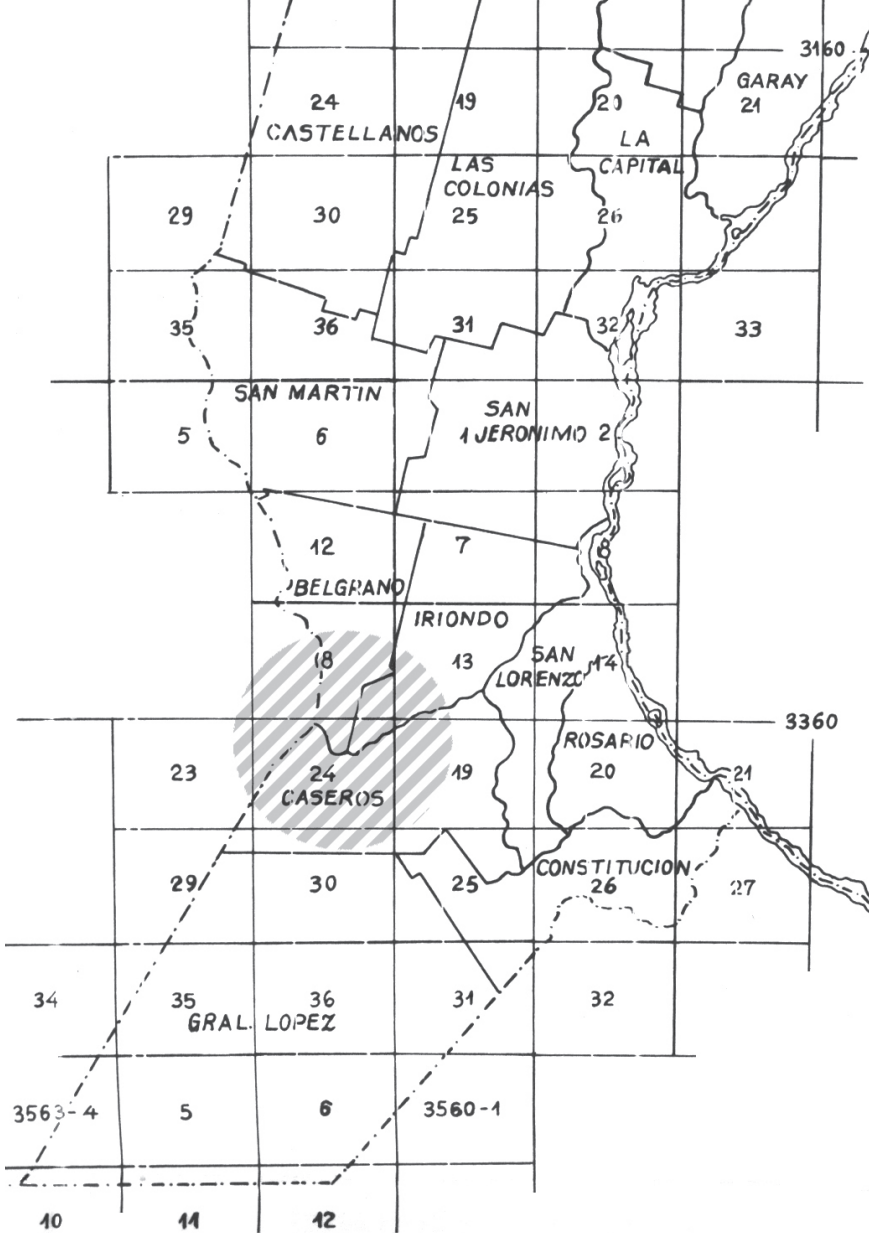


la montaña invisible

ricardo guiamet



Una predisposición

Desde algún lugar de la ruta 33, mi mirada infantil, cuarenta años atrás: el Chevrolet estacionado a unos veinte kilómetros de Sancti Spiritu. Nos habíamos detenido por urgencias que, a diferencia de lo habitual en viajes con chicos, no eran fisiológicas. ¿Dónde está el pueblo de los abuelos?, ¿cuánto falta para llegar?

Desde la banquina mirábamos hacia un punto en el horizonte que era el sudoeste, aunque en ese momento no lo sabíamos. Allá, decía el viejo, donde hay un brillo abajo, como otra ruta, ¿ven?, bueno, esa es la laguna. Lo rojo, arriba, como si fuera una colina, es el techo de la iglesia, y al lado, como si fuera una barranca ocre, un desfiladero, los silos de la Junta de Granos.

El desconocimiento de lo que significaban Junta de

Granos, ocre, desfiladero, no impedía que resonaran en mí esas frases componiendo una pintura serrana del pueblo eternamente encallado junto a su laguna, aunque esta fuera de agua sucia y estuviera aislada del pueblo, atravesada por alambrados. No era una atracción ni un recreo para los colonos, sino la receptora vergonzante de sus residuos.

Laguna que se encogió hasta el borde de su extinción en los inicios de los setenta y luego se desbordó en armonía con las lagunas de Melincué y La Picasa, las más grandes del departamento Gral. López, que al avanzar contra vías férreas y rutas merecieron alguna vez títulos catástrofe en la primera plana de los diarios nacionales. En una escala menor, la laguna de Sancti Spiritu también concitó algo de atención, cuando alcanzó a cubrir un área que llegaba hasta el borde de la ruta y la entrada misma del pueblo.

En la infancia la buscábamos en atlas, subíamos a los silos para medir de un vistazo ese espejo de agua al lado del pueblo, investigábamos las mensuras de campos en el escritorio del abuelo para calcular el ta-

maño del único misterio que tenía la zona, además del fantasma del Francés, que rondaba el camino a San Eduardo. Ahora nos conectamos a internet desde una PC y casi en el acto obtenemos, tras un rastreo sencillo, una imagen satelital del pueblo y la laguna, que se puede acercar o alejar, y llevando el cursor a la barra de herramientas, tomamos medidas y establecemos distancias en línea recta entre un punto y cualquier otro del planeta.

Pero esa primera imagen desde la banquina de la ruta 33, que persistió en el eco de las palabras de mi viejo resonando en mi cabeza, me dio la impresión de que el pueblo estaba sobre una cima invisible, y la laguna abajo, brillante.

Ese pueblo que construyeron las fábulas nocturnas del abuelo en un tiempo donde la usina que «fabricaba» la luz dejaba oscuro a Sancti Spiritu a las siete de la tarde. Entonces era terreno propicio para el fantasma del Francés, un colono de principios del siglo XX que había muerto misteriosamente; para las expediciones del Gordo Rivoira, un vecino del pueblo

que trabajaba con maquinarias agrícolas; para la narración de hechos en un paisaje extraño y totalmente diferente del que realmente asomaba en las calles.

El recuerdo de la usina, sus ventanales de hierro en la esquina de la cuadra de mis abuelos, a los que nos encaramábamos con mi hermano para espiar máquinas y conductores, chispazos que brillaban contra los ventanales; una escenografía de la que luego vimos su réplica en el laboratorio del Dr. Víctor Frankenstein en la cuarta película basada en la novela de Mary Shelley *Frankenstein o el Moderno Prometeo* (1819), film en el que la criatura fue interpretada por Boris Karloff (EE.UU., director: James Whale, Estudios Universal, 1931) y que popularizó el mito en todo el mundo, algo que no habían conseguido ni la primera del Estudio Edison, de 1910, ni la italiana de Testa *Il mostro di Frankenstein*.

Por otro lado el paisaje infantil siempre es distinto al adulto, los árboles de la plaza eran inmensos y sus copas, fáciles de alcanzar por ser coníferas de ramas horizontales, igualaban en altura al

campanario. También el camino a la laguna era una expedición que consumía toda la siesta, distancia que en el presente es de apenas cuatrocientos metros de calle de tierra hasta el basurero comunal.

Más tarde, la leyenda de los fantasmas de muertos en accidentes ocurridos en el camino rural que se dirige de Amenábar en dirección sudeste hacia la localidad de Christophersen. La historia de una loma que crecía en el relato de la bisabuela, se alimentaba en la infancia, con la penumbra que seguía a la tardecita invernal, y era protagonista y causa de choques frontales en medio del terrorío, porque los choferes se desentendían del ascenso invisible del suelo y no veían el tránsito contrario.

Todo me señalaba lomas y alturas, imperceptibles obstáculos a la horizontalidad pampeana permanentemente alabada en los textos escolares junto a la feracidad y la extensión sin fin a la espera de brazos gringos que exploten su oleaje de trigo o, más manso y bajo, el oleaje verde oscuro de la soja asiática cubriendo hasta las orillas de los caminos.